

ESTUDIO

SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS

EXPOSICIÓN NACIONAL INDUSTRIAL

A VIGO — INDUSTRIA ALFARERA — EL 20 DE MARZO DE 1904

ESTUDIO

SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS



ESTUDIO

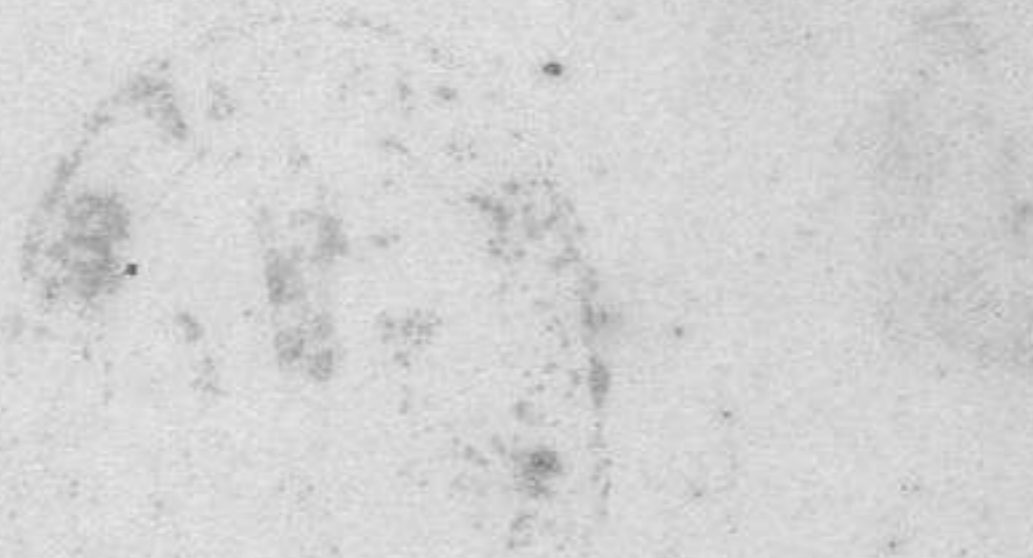
SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS

ESTUDIO

SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS

ESTUDIO

SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS



ESTUDIO
1907

ESTUDIO

SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS.

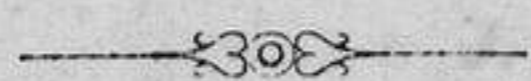
Excursión escolar universitaria

Á FARO.—INDUSTRIA ALFARERA—EL 20 DE FEBRERO DE 1891.



MEMORIA

Escrita por los Sres. Don Salvador Cabal y G. Villamil
y D. Joaé Ramón S. del Otero y Valdés, alumnos de la facultad de Derecho en la
Universidad de Oviedo.



LUARCA.

IMPRESA DE ROLLAN Y COMPAÑIA,
1891.

A. 1881206753

A NUESTRO QUERIDO MAESTRO

EL RESPETADO CATEDRÁTICO

de

ECONOMÍA POLÍTICA Y HACIENDA PÚBLICA

EN LA UNIVERSIDAD DE OAJIBDO.

D. ADOLFO A. BUJILLA Y GONZÁLEZ ALBARRÁN

Va a ser como V. que ha inspirado y dirigido la
Excursión escolar que motivo este pequeño tra-
bajo nuestro, podrá con más títulos propiamente, para
que, llevando su nombre a la cabeza, merezca la
benevolencia de quienes se dignen fijarse en él.
Conceda, pues, tan señalada distinción a sus

modestos alumnos.

J. S. del Otero.

S. Cabal.

nos rectifique álguien, que, hasta el presente, en ninguna, fuera de la de Oviedo, se han ocupado de emplear un medio de enseñanza que ofrece indiscutibles ventajas.

¿Quién duda de la eficacia de las visitas ó excursiones á los Archivos de los Ayuntamientos para estudiar la próspera existencia de nuestras antiguas comunidades, materia de importancia notoria para la historia del Derecho político? ¿Quién no reconoce la necesidad de que, los alumnos de la asignatura de Derecho penal, acudan á los establecimientos penitenciarios y verifiquen en los penados estudios antropométricos? ¿Quién no ha de considerar como sumamente beneficioso, á los jóvenes que cursan el Derecho mercantil, la contemplación de cerca de las operaciones que verifican los grandes comerciantes y las instituciones bancarias? ¿Quién ha de poner en tela de juicio la conveniencia de que, los estudiantes de procedimientos judiciales, visiten frecuentemente los juzgados y tribunales, para darse clara cuenta de su modo de funcionar? ¿Y qué hemos de decir de la trascendental importancia, de la absoluta necesidad del empleo del procedimiento intuitivo, del cual es una aplicación de gran valía la *Excursión escolar* en el estudio de la Economía y de la Hacienda?

¿Acaso el sistema ordinariamente seguido en las Universidades, en las cátedras de estas asignaturas, produce resultados satisfactorios? Dejemos la palabra á Mr. Richard T. Ely, profesor en la Universidad de John Hopkins (Estados Unidos) que describe, de un modo, bien gráfico por cierto, cómo se daba esta enseñanza hace ocho años, en uno de los más importantes colegios de su país, que no discrepa un ápice de lo de nuestros establecimientos de instrucción superior. (1)

(1) Método de enseñar la Economía política por Richard T. Ely, profesor en la Universidad de John Hopkins, inserto en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, del día 15 de Enero de 1891.

tos industriales, ó de la vida de los obreros; bien para estudiar del modo de funcionar de los diferentes organismos de la vida política y administrativa ó para procurar al sentimiento su natural alimento de las impresiones bellas y sublimes que produce la contemplación de los monumentos artísticos: practicadas con cierta extensión por los estudiantes de las Escuelas normales y de las especiales de Bélgica, Inglaterra, Alemania y Francia, son casi nulas en las facultades meramente universitarias, al menos de muy pocas tenemos noticia, y eso que en la mayor parte de los países se cuenta con un poderoso factor, que es la buena voluntad de las empresas de ferro-carriles, que acceden con suma facilidad á rebajar considerablemente el precio de los transportes.

En España ¿qué hemos de decir? Introducida tan utilísima práctica por los sabios educadores que, desde la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, á prueba de desdenes, de injustificadas oposiciones, de acerbas críticas y hasta de groseras burlas, vienen implantando en nuestra nación las reformas pedagógicas más beneficiosas, mereciendo el aplauso entusiasta de cuantos piensan y obran á lo humano, han logrado en las excursiones escolares, resultados sumamente notables, de los que son elocuente muestra los informes de alumnos, publicados en el *Boletín de la Institución*; al punto de que eminentes pedagogos europeos tengan en gran estima la manera original é ingeniosa con que se organizan y dirijen estas tareas educativas. (1)

Algunos, aunque no tantos como la índole de los estudios lo exigen, se realizan por los alumnos de la academia de ingenieros, singularmente los de minas; pero en las Universidades, tenemos entendido, y ójala

(1) Véase el cuestionario de excursiones á poblaciones publicado en el número 264 del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, correspondiente al día 15 de Febrero de 1888.

sión. Tanto es lo que, el reputadísimo profesor de la Institución libre de Enseñanza y de la Universidad de Madrid, ha apreciado aquel estudio que le concedió los honores de la inserción en las columnas del *Boletín de la Institución*, que es, hoy por hoy, la publicación pedagógica más notable en España, é hizo que las fotografías, modelos en su género, que de los diversos incidentes de la expedición sacaron los alumnos Sres. Alas Pumariño (D. Eduardo) y Alvarez Buylla (D. Manuel) fueran colocadas en el gabinete de trabajo de aquella renombrada Escuela.

Y ya que la ocasión se ofrece he de hacer especial mención de la excelente memoria que acerca de la excursión redactó otro de mis discípulos, el Sr. Beltrán y Carús, que contiene interesantes datos, acertados cálculos y reflexiones muy discretas.

No ha sido la expedición que ustedes relatan tan al vivo en su trabajo, la primera que se verificó en nuestra Universidad. En cursos anteriores, hemos visitado á Gijón, La Felguera, Trubia, Santa Cristina de Lena; pero más bien, como dicen los franceses, *en touristes*, que con un fin didáctico manifiesto. Así y todo no fueron escasas las observaciones hechas, ni nulos los resultados que, desde el punto de vista de la educación general y de la intimidad de relaciones entre profesores y alumnos, sacaron éstos; antes al contrario, los diarios de unos y otros viajes atestiguan el gran valor que, como procedimiento pedagógico, tienen estas extensas aplicaciones del llamado método de enseñanza intuitivo, que se impone á todos los educadores.

Frecuentísimas las excursiones de niños y jóvenes cursantes en las escuelas de instrucción primaria y secundaria en los países extranjeros, por el campo y por las grandes poblaciones, ora para admirar los hermosos espectáculos de la naturaleza, que tan grandes enseñanzas procuran; ora para darse cuenta de los procedimien-

enjendra el pensamiento ajeno, por holgazanería del propio.

Ustedes, mis queridos amigos, han participado del movimiento de franca, de espontánea alegría con que fué recibida la proposición de la excursión á Faro, aceptada apenas propuesta y realizada *de un tirón*, sin vacilaciones de ningún género; antes al contrario, teniendo yo que moderar un poco la fogosidad, el apasionamiento de sus compañeros. Yo, mejor que nadie, puedo afirmar que nunca me había imaginado la unanimidad en el deseo de saber, en la prudencia y discrección para la recolección de datos, en el verdadero talento práctico que todos desplegaron para sacar de la expedición los más fructuosos resultados.

Buena prueba del éxito obtenido en nuestra excursión, es el trabajo que ustedes han hecho y que hoy ve la luz pública. Por si acaso pudieran considerarse exagerados los elogios míos: —que al fin y al cabo, y aun cuando se acostumbra á mirar al profesor como un *dómine*, con palmeta y todo, siempre predispuesto á la ágría censura, lo cierto es que las relaciones de íntima amistad, casi de filial cariño que enjendran las respectivas situaciones de catedrático y alumno mejor conducen á la alabanza que al vituperio—me remito al juicio de la ilustre personalidad, y la llamo así á sabiendas de que ofendo su modestia, mayor todavía que su talento, con ser extraordinario, que en España se ha dedicado con alma y vida á los vitalísimos intereses de la educación y de la instrucción; de D. Francisco Giner de los Ríos, el cual concede una importancia muy grande al acto realizado por los Estudiantes de Economía y de Hacienda, y no escatima los elogios que merecen los redactores del informe; por la cultura ganeral que revela; por el espíritu de observación que delata; por la independendencia de criterio que en él brilla, y hasta por el plan adecuado y por la sencilla claridad de la expre-

de robustez. Y luego, el gozo que se revelaba en todos los excursionistas: la franca alegría que enjendra la bondad del motivo; las corrientes de simpatía, que dominaban; el ansia de saber de los escolares que rompía en amenas y sabrosas conversaciones sobre los más variados asuntos, geográficos, geológicos, históricos, sociológicos, etc., en las que alternaban los golpes de ingenio con reflexiones de importancia, mostraban bien á las claras que no en vano las más altas autoridades pedagógicas, recomiendan, con el mayor interés, estas excursiones como poderosos medios de instrucción y de educación.

En efecto, queridos amigos, ustedes mismos fueron autores y testigos del interés que, desde los primeros momentos, despertó la idea de visitar el curiosísimo Museo industrial, que, debido á la iniciativa, á la ilustración, al desprendimiento de D. José G. Alegre, posee la Escuela de Artes y Oficios que sostiene la Sociedad Económica de Amigos del País. Los alumnos de la cátedra de Economía, acudieron muchas tardes: contemplaban, con suma atención, aquellas bien ordenadas colecciones de productos; oían con verdadera complacencia las esplicaciones de su profesor: dirigían preguntas adecuadas; hacían observaciones pertinentes; tomaban notas que luego se traducían en informes tan notables como uno del Sr. Alas Pumariño (D. Eduardo), que acabo de leer con suma satisfacción, revelando este entusiasmo y estos resultados cuan eficaz es para el alumno el estudio intuitivo; la vista directa del objeto, y cómo se desarrolla en él ese espíritu de observación que despierta y reafirma la iniciativa, fuente de la independencia de criterio, de donde nace la tendencia á la originalidad, al descubrimiento y, sobre todo, á la energía de la voluntad, la determinación del carácter de que andamos muy necesitados en esta tierra clásica del quietismo, de la pereza, del predominio de la sujeción que

SEÑORES

Don Salvador Cabal y D. José Suarez del Otero.

Mis queridos amigos y discípulos:

Desean ustedes que al frente del folleto que contiene el informe sobre la primera de las excursiones escolares que hemos realizado este curso, vaya algo mio y no quiero, ni debo, negar lo que me piden, los que tanto y tan bien han trabajado en nuestro viaje de estudio de una de las pequeñas industrias asturianas más características.

No es fácil que pueda borrarse de mi memoria el recuerdo de aquella aprovechada tarde del mes de Febrero, en lo que, profesores y alumnos, caminábamos por montes, valles y quebradas, entusiasmados ante la contemplación del hermoso y variado espectáculo que á cada paso nos ofrecía el incomparable paisaje asturiano, ya entonces enriquecido por todas las galas de primavera, disfrutando del gran placer que se experimenta, cuando, á pulmón pleno, se respira el aire puro de nuestros campos, activando, en el ejercicio, las energías físicas un poco adormecidas despues de varios meses consagrados, casi exclusivamente, á las abrumadoras tareas intelectuales.

No digo las pródidas y alegres naturalezas juveniles de los estudiantes; yo mismo, que voy entrando en la madurez de la vida, me sentía con doble vigor á impulsos de esa savia regeneradora que penetra á borbotones en nuestro organismo en el momento en que estrechamos las relaciones con lo que es fuente viva de salud y

«El saber se reducía á las siguientes reglas: còmpre-
 se la *Economía política para principiantes*, de Mrs. Faw-
 »cet: impóngase el mismo gasto á los alumnos: señále-
 »seles cada semana un capítulo para que lo aprendan
 »y finalmente hágaseles preguntas todas las semanas
 »sobre la materia señalada en la anterior, utilizando las
 »preguntas que van al final de cada capítulo y sin omi-
 »tir las dificultades que siguen á las caestiones más
 »sencillas.

«No hay en esta descripción ni sátira, ni exagera-
 »ción alguna. Es la pura verdad; y la hora semanal de-
 »dicada, durante parte del año, á este género de ins-
 »trucción era toda la enseñanza que se daba en aquel
 »rico y poderoso colegio. Sería ocioso describir el esta-
 »do intelectual en que salían los estudiantes. Apre-
 »dían de memoria, algunas perogrulladas, como verbi
 »gratia, que es muy bueno ser honrado, activo y fru-
 »gal: que los productos se dividen entre los capitalis-
 »tas, los trabajadores y los propietarios de la tierra: y
 »que pudiendo definirse el valor como una cierta rela-
 »ción de unas cosas con otras, no era posible que hu-
 »biese un aumento ó una depreciación general en todos
 »los valores. Adquirían también un conocimiento im-
 »perfecto de algunos hechos muy fundamentales como
 »la teoría de la renta de Ricardo y la doctrina malthu-
 »siana de la población. Esto con una opinión no muy
 »elevada de la Economía política, era el resultado total
 »para el alumno y le preparaba á los ulteriores grados
 »académicos.»

Pues bien; tanto este profesor competentísimo co-
 mo el no menos perito Mr. L. Laughlin, catedrático de
 Economía política en la renombrada Universidad de
 Harvard, también en los Estados Unidos (1), se mues-

(1) Véase en su libro *The study of political economy* (New-York
 1885) el interesante capítulo V que titula *Methods of teaching political
 economy*.

tran partidarios decididos del método intuitivo para la enseñanza de nuestra ciencia y singularmente de las visitas y viajes escolares á los bancos, á los comercios, á los Ayuntamientos, para estudiar el sistema de impuestos, á las fábricas, á las minas, á las granjas, etc.

Las cosas que entran por los ojos y por los oídos impresionan más fuertemente que lo que se aprende en los libros, ó se toma de las explicaciones del profesor. No hay nada, ni más elocuente, ni más convincente que el hecho mismo contemplado, sin intermediario alguno. Es bien seguro que á ninguno de ustedes se les habrá de olvidar nunca la escuálida figura, cubierta de harapos, del pobre alfarero de Faro, uncido eternamente á la rueda de su rudimentaria máquina, medio hundido en el húmedo barro, primera materia de su industria, trabajando de la mañana á la noche en una verdadera mazmorra, alumbrado por la escasa luz que permite pasar de soslayo su pequeña y deforme puerta, casi helado de frío durante el larguísimo invierno, para ganar apenas con que alimentarse de *borroña y fabes*, malvestirse de guñapos y habitar una casa que se tiene derecha por milagro de Dios.

Y ¿qué mejor lección de *problema social* que el minero de Villaperez arrancando mena de sol á sol, con agua por arriba y por abajo y por los costados, acurrucado unas veces, acostado otras, porque la naturaleza de su penosa labor así lo exige, y pagado con una retribución de dos pesetas, menos el consabido tres por ciento, para gastos de Montepío: ó que el machacador de piedra para balasto que, para sacar seis reales diarios de su destajo, ha de trabajar tostado por el sol, aterido de frío ó calado por la lluvia, catorce ó más horas?

Los jóvenes alumnos que esto vieron, que esto contemplaron, á fé que no han de estudiar la Economía con el frío criterio del *crematístico* que considera al

obrero como un elemento de la producción; sinó á la luz y al calor de la idea *ético-antropológica* que vé en el trabajador un hombre que piensa, que siente, que quiere y que, como él, goza con la satisfacción y es afectado con la penuria de medios.

Voy á terminar esta larga y deslabazada epístola con algunos expresivos renglones que pertenecen á una eminencia europea, á mi ilustre comprofesor y amigo Mr. Ch. Gide, catedrático de la Universidad de Montpellier, que completan perfectamente el cuadro de las ventajas que producen las excursiones escolares.

«pero hay un género de *sport*, y en mi opinión el mas agradable de todos, al cual puede prestarse fácilmente este país: las excursiones á pié. No hay otro *sport* que mejor pueda entrar en el cuadro de una educación universitaria; puesto que se puede dar á estas expediciones el carácter que se quiera: excursiones botánicas, mineralógicas ó entomológicas, para los alumnos de la facultad de Ciencias: históricas ó arqueológicas para los de la facultad de Letras; *económicas é industriales* para los de la facultad de Derecho; pero las mejores de todas ciertamente son las que no tienen ningun carácter especial y no persiguen otro fin que el placer de la caminata misma, la voluptuosidad inefable, para el que sabe gustarla, que se experimenta, al desentumecer las piernas, al acostarse sobre la paja, al beber el agua en el hueco de la mano y al vivir, en fin, aunque no sea mas que algunas horas, la verdadera vida de los salvajes y de los bohemios.

«Sabeis que esta es la tendencia del dia. En todos los grados de la enseñanza se procura desenvolver los ejercicios físicos y las distracciones del espíritu para evitar lo que se llama el *surmenage*, segun la frase de moda.

«Pero encuentro además en estas diversas manifestaciones de la vida juvenil una ventaja más difícil de

„explicar todavía. Y es que permiten asociarse á la
 „vida y al movimiento de la Universidad, á una frac-
 „ción, que no es la menos importante en ciertos res-
 „pectos; me refiero á los estudiantes que no hacen
 „nada.

„¿Qué papel desempeñan actualmente en nuestra
 „organización universitaria? En las aulas no se les vé
 „nunca: se presentan demasiado á menudo en las salas
 „de examen; pero esto no es una compensación. Pues
 „bien; en todas partes, donde existen Universidades
 „realmente vivas, estos valores negativos encuentran
 „un empleo adecuado y hasta tienen una razón de ser.

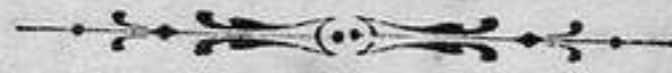
„No somos de los que piensan que en una Univer-
 „sidad no debe haber sitio mas que para los doctos vie-
 „jos ó jóvenes. Es preciso que este pequeño mundo ten-
 „ga en sí bastantes recursos para satisfacer á las natu-
 „ralezas mas diversas: que en su interior la existencia
 „sea activa y variada. Ya conoceis el verso que se ha he-
 „cho tan vulgar: *l'ennui naquit un jour de l' uniformité.*
 „He oido á un profesor anciano que se equivocaba
 „siempre al recitarlo, y decía: *l'ennui naquit un jour de*
 „*l' université.* Creo, para entre nosotros, que se equivo-
 „caba con toda intención. Pues bien, hace falta que no
 „pueda decirse eso de la Universidad. Nosotros quisié-
 „ramos que los jóvenes que aquí se reúnen pudieran dis-
 „frutar de una vida feliz y alegre para que, cuando lle-
 „guen á ser viejos y tristes (lo cual sucederá demasiado
 „pronto) conserven al menos el recuerdo siempre agra-
 „dable de sus veinte años. Yo diría á aquellos de entre
 „vosotros que quieran trabajar: hacednos una Univer-
 „sidad docta y nos enorgulleceremos de ello; y á los
 „otros: hacednos una Universidad alegre y os quedare-
 „mos agradecidos.»

Y con esto, y con desear á ustedes un *verano feliz*
 se despide su afectísimo profesor,

Adolfo A. Buylla y G. Alegre.

Oviedo y Mayo 31 de 1891.

AL BENÉVOLO LECTOR.



Pudiera, por casualidad, caer en manos de alguna persona ajena á la causa que motivó la impresión en folleto de este inocente trabajo, uno de los pocos ejemplares que damos á luz, solo con el objeto de repartirlos entre los amigos que desean tener un recuerdo de la fructífera excursión que lo ha motivado, y por eso queremos empezar previniendo al lector no entienda como acto de inmodestia nuestro propósito.

No es de abandonar á las corrientes de la crítica científica y literaria un escrito que inspirado de tales ó cuales ideas pasa á esculpirse en *letras de molde* por la propagadora virtud de la imprenta, afrontando con ridículo cinismo las temibles consecuencias de una de esas derrotas que indudablemente nos empujarían al fondo oscuro de la tan poblada tumba de los desapercibidos, sino el de cumplir el encargo—siempre para nosotros mandato imperativo—de un apreciable profesor, y satisfacer las reiteradas súplicas de muchos de nuestros compañeros.

AL BENEVOLO LECTOR.

Pudiera, por casualidad, caer en manos de alguna persona ajena á la causa que motivo la impresión en folleto de este inocente trabajo, uno de los pocos ejemplares que damos á luz, solo con el objeto de repartirlos entre los amigos que desean tener un recuerdo de la fructifera excursión que lo ha motivado, y por eso queremos emprezar previniendo al lector no entienda como acto de inmodestia nuestro propósito.

No es de abandonar á las corrientes de la crítica científica y literaria un escrito que inspirado de tales ó cuales ideas pasa á esculpirse en letras móviles por la propagadora virtud de la imprenta, afrontando con ridiculo cimiento las temibles consecuencias de una de esas derrotas que indubablemente nos empujarían al fondo oscuro de la tan poblada tumba de los desperdichados, sino el de cumplir el encargo siempre para nosotros mandado imperativo de un apreciable profesor, y satisfacer las reiteradas súplicas de muchos de nuestros compañeros.



ESTUDIO

SOBRE LAS PEQUEÑAS INDUSTRIAS ASTURIANAS.

Industria alfarera.

I.

Como no cree el sabio catedrático, nuestro ilustrado maestro, D. Adolfo Alvarez Buylla y González Alegre, que la exposición oral, en diarias conferencias de clase, de muchos de sus profundísimos conocimientos, basta para formar cabal juicio de la esfera económica, trata de fijar más y más lo que constituye la cotidiana labor de cátedra, buscando al efecto el medio de presentarlo en la realidad, aun á trueque de mayores molestias y sacrificando horas extraordinarias en beneficio de sus discípulos, aparte de aquellas que reglamentariamente dedica á la enseñanza y dia tras dia, á fin de aprovechar momentos, practica con nosotros sucesivas visitas á la *Escuela de artes y oficios* para examinar las bien formadas colecciones expuestas en su, aún en mantillas, pero ya notable museo, y no se conformán con esto las aficiones de nuestro ya dicho profesor; quiere llevar más allá el estudio hecho propiamente con la observación de cada uno de los que felizmen-

te podemos admirar sus notables condiciones de maestro, á cuyo objeto piensa en la acertadísima idea de promover excursiones á varios de aquellos pueblos de las inmediaciones de esta capital en donde, en mayor ó menor escala, tenga su asiento alguna industria.

Esta es la razón de la dirigida á Faro el veinte de Febrero del presente año, previamente anunciada por el Sr. D. Adolfo A. Buylla en la mañana del mismo día, á la hora de la clase de Economía Política.

Cita á sus alumnos para reunirse en *San Lázaro* de dos á dos y media de la tarde y muy antes de la hora ya habían llegado á este barrio de la capital de nuestra provincia varios de los alumnos de Economía y otros de la asignatura *Hacienda pública*, que también explica el Sr. Buylla, y alguno que, sin estudiar una ni otra asignatura, era sin embargo aspirante al título de abogado y aficionado admirador de nuestro maestro, como también partidario de cuantas ideas surjan en la mente del objetador del señor Cánovas. A estos se unían otros que nos será muy difícil enumerar, pues solo recordamos los nombres de D. Adolfo Posada Biesca, catedrático de Derecho político de esta Universidad, compañero de D. Adolfo A. Buylla y con el jefe de la expedición; D. Eulogio Diaz Santos, profesor de la Escuela Normal ya avezado á esta clase de excursiones que, aunque en mayor escala, ha practicado frecuentemente en el extranjero; Benito A. Buylla, joven hijo de nuestro citado maestro; los firmantes señores Cabal y G. Villamil, Suarez del Otero y Valdés, compañeros de los demás alumnos que á continuación se citan:—D. Manuel A. Buylla y D. Eduardo Pumariño que, armados con sus máquinas fotográficas, habían de perpetuar la excursión; los Sres. Beltrán, Santullano, Gutierrez, Carrasco, Corujo, García, Guisasola Vigil, Guisasola Coalla, Gui-

sasola, Pedregal, Estrada, Fanjúl, G. Vidal, G. Canga, Bueres, F. Celleruelo, Valdés, Diaz, Martinez, G. Barrosa, Fernández, G. González, Montanaro, S. Coronas, Recalde, Carranceja, Martinez de la Vega, Álvarez García, M. Argüelles, Sanchez, Paz, Rebollos, Vazquez Gato, Rocés, Noriega, Estremera y otros.

Más allá, en el sitio llamado *El Caño del Aguila*, esperaban nuestra llegada diez ó quince estudiantes más que, con nosotros, por el número y calidad de los expedicionarios, asemejaban á un grupo así como de exploradores arrojados en el centro del Africa por el afán de averiguar lo que de aquellas oscuras regiones aún no fué descubierto á los ojos de las naciones civilizadas. Tal era el aspecto que presentaba el desfile de tantos hombres, trepando por las abruptas breñas de los montes intermedios de Oviedo y Faro, apoyados en fuertes bastones y acelerando incansables el firme paso que, por muy agitado, aun resultaba lento dado el afán de consumir el objeto que á salir de Oviedo nos impulsara.

Mucho, aunque de escasa importancia, pudiéramos decir acerca de los incidentes surgidos en la ruta de nuestra expedición; detalles más propios de un artículo ligero que de una seria descripción, cual la que en estos momentos ocupa preferente lugar en el trabajo que nos ha sido encomendado.

Y decimos que sería más propia la enumeración de estos detalles de un artículo ligero, no porque fuésemos movidos por un fútil ó poco serio medio de distraer horas, sinó que por la necesidad de amenizar aquella penosa caminata, que hubimos de realizar cubiertos de polvo y un si es no es sofocados por el calor impropio de la estación á que corresponde el mes de Febrero.

Encontrámonos al poco rato de *El Caño del Aguila* en el lugar conocido por *Los Arenales* desde donde ob-

servando los *artistas fotográficos* la bella perspectiva presentada por el grupo que, teniendo como fondo el monte Naranco, ofrecía el conjunto formado por la ciudad ovetense, enfocaron sus máquinas é hicieron un magnífico trabajo del arte que sus aficiones les hicieron conocer.

Seguimos hasta *Las Cruces*, pueblo en que tiene su asiento una pequeña industria cerámica, dedicada á la formación de ladrillos y tejas, que, pensando observar á nuestro regreso, no pudimos examinar por haberse agotado el dia antes de lo que hubiéramos deseado.

A poca distancia y en el lugar conocido por *El Caldero*, abandonando la carretera, emprendimos por el pesado camino que atraviesa el estéril monte de Faro, escueto, sin árboles, casi sin vegetacion y sólo tapizado por una espesa capa de lo que en Asturias se denomina *rozo*, que luego veremos aplicado á la calefacción de los hornos dedicados á cocer los jarros, pucheros y demás productos de la industria que constituye la riqueza del pueblo á donde dirigimos nuestros pasos. A la derecha y á poca distancia de estos montes se ven las quebradas ramificaciones de la cordillera cántabro-pirenáica siempre coronadas de nieve en la parte que llaman *Montes de Morcin*, y más al Norte el admirable *Monte de la Magdalena* ó *Monte Sacro*, así llamado por haberse en él escondido las reliquias, antes y hoy depositadas en nuestra Catedral, para librarlas de la irrupción agarena, descarnado y como imponente defensa y atalaya del cauce del rio Nalón, rodeado de otros muchos picos que, como muy bien ha dicho el Sr. Buylla, parecen violentas olas paradas de un agitado mar que fué. A grandes rasgos cargados de erudición hizo, á la vista de dichas sinuosidades de aquel volcánico terreno de los tiempos primitivos, una verdadera descripción ó estudio geoló-

gico inspirado en las profundas lecciones de Daubré, Senarmont, Sorby, Pictet y otros; no dejándonos percibir las pesadas molestias del camino por la afluencia de las diferentes materias que, con fácil palabra, trató sin descanso en todo el curso de la tan repetida excursión.

Bernardo de Palissy, célebre alfarero francés, grande perfeccionador del esmalte, ocupó también importante página en la disertación del iniciador de la idea de nuestras exploraciones científicas; mientras que en otro grupo los aficionados al Derecho político departían con el docto D. Adolfo Posada diversas cuestiones acerca de la teoría del célebre ginebrino Juan Jacobo Rousseau.

Ahora bien; si quisiéramos detenernos aquí para hacer un estudio biográfico del inmortal Bernardo de Palissy, pudiéramos encontrar á este fin algunos datos en varios autores; pero unicamente nos concretaremos á indicar que nacido en la Capelle Beron (Lot y Garona) el año 1.510 aceptara este oficio continuando el á que su padre se dedicaba; que sin ningun género de estudios, aparte del llevado á cabo por la mera observación que le hizo parar mientes, entre otras cosas, en los diferentes tonos presentados por el barro dentro del horno á los distintos grados de temperatura sometido, llegó hasta pensar en la unidad de los seres naturales. La notoriedad de sus exagerados progresos hizo llegar su fama hasta Catalina de Médicis, que llamándole á Paris le protegió grandemente; aunque en realidad más le valiera hallarse lejos de tal protección dado que, como él era hugonote, fué, en medio de aquellas revueltas entre católicos y protestantes, cruelmente perseguido por los Guisas, jefes del partido católico, por más que acaso le preocupasen muy poco al malogrado Palissy, las diferencias entre estos dos partidos beligerantes. Terminó su vida en 1.590.

II.

Valga la digresión—y advirtamos que, sin que nada contuviese nuestro paso, llegamos á *Faro*—(seguramente esta palabra es corrupción de Al-faro ó pueblo de alfareros) lugar de la feligresía de Nuestra Señora de la O de Limanes, correspondiente al octavo distrito de Oviedo, situado al S. E. y á los seis kilómetros de dicha ciudad.

Está dividido este pueblo en dos lugares conocidos con el nombre respectivamente de *Faro de Arriba* y *Faro de Abajo*, el primero formado por 51 familias y por 45 el segundo, que dán lugar á otras tantas fábricas de la basta industria cerámica que ha despertado nuestra atención.

Está enclavado en accidentadísimo terreno, casi en su totalidad muy poco productivo, aun en aquellos trozos que por su posición con respecto al sol, profundidad de tierra vegetal, etc., se haya de aplicar á la agricultura: pues á tanto llêga su, pudiéramos decir, esterilidad que apenas si en verano produce hierbas en condiciones para alimento del frugalísimo ganado cabrío, y la recolección de las cosechas sólo lleva á las paneras no muchas patatas y algún maiz, que consumen en muy pocos dias del helado invierno, opuesto á su trabajo que, necesariamente, efectúan con las manos metidas en el agua, y en pequeña escala plantas forrajeras con las que consiguen sostener algunas cabezas de ganado vacuno. La única ventaja—y no lo es pequeña, dada su industria—que el terreno de Faro ofrece á los habitantes, es la circunstancia favorable de hallarse formadas aquellas colinas por tierra puramente barrosa en su totalidad y de las condiciones necesarias á la aplicación de la alfarería, que indudablemente es la razón princi-

pal de que todos, sin distinción de familia alguna, se dediquen á iguales trabajos, por más que no sea pequeña la lucha que con la Naturaleza sostienen para arrancar de sus entrañas el barro.

Hállase Faro limitado al N. por S. Cipriano de Pando y la parroquia de Limanes que tambien le confina por el E., separando á ambos por esta parte, (á Faro y Limanes) un arroyuelo que corre de S. O. á N. O. hasta desaguar en el rio Nora; al S. tiene los montes de Grandota, notables por el precioso mineral de hierro que de ellos se extrae, y parte de las parroquias de Bendones y S. Esteban de las Cruces, y al O. parte de la pequeña parroquia de S. Cipriano de Pando.

La extensión del suelo que ocupa resulta relativamente exagerado por hallarse sus ruinosas casas tan separadas que parece como si, lanzadas desde léjos, fueran á caer al acaso desperdigadas en aquellas colinas desiguales del montuoso pais asturiano; ó bien que cada familia queriendo constituir un Estado independiente de las otras, y alejada de toda relación, ya industrial, agrícola ó comercial, procura encerrarse en un incivil aislamiento, ó mejor dicho, mantener incólume ese amor á la independenciam de su hogar, característico de la primitiva raza celta que no les permite organizarse bajo el aspecto fabríl.

Y decimos característico de la raza celta, por entender nosotros, apoyados en la tradición, que acaso procedan de aquellas tribus nómadas, semisalvajes, surgidas de la vertiente occidental del Paropamiso—gran tejado del mundo,—que, en etapas sucesivas llegaron á sentar definitivamente sus tiendas en la parte N. de nuestra península, en las cuales habian de adorar los dioses penates que, como los rebaños, útiles para el es-

tablecimiento de las industrias, etc., llevaban en pos de sí en todo el curso de la emigración.

Aparte de este carácter independiente, el respeto á la ancianidad, conservado allí de una manera especial; la extremada sencillez y frugalidad de sus naturales; las guerras que según tradición sostuvieron á favor de D. Rodrigo Alvarez de las Asturias, de quien dice Tirso de Avilés que "era Señor de Gijón, Conde de Noreña y Señor de Siero y Colunga y Rivadesella," cuando, desairado por doña Gontrode de Agüeria tomó el castillo de Tudela; y la lucha que los de Faro sostuvieron con los franceses, atrincherados en el castillo de Grandota (en otro tiempo castillo feudal de D. Rodrigo Alvarez de las Asturias), del cual se conservan bien señalados restos en las alturas de dicha montaña, son tambien prueba á nuestra suposición para señalarles el origen que dejamos apuntado.

Y volviendo la vista atrás para fijarnos en los resultados del exagerado amor á la independencia del hogar, brota espontáneamente la razón y origen de las pequeñas industrias.

Indudablemente, viviendo así aislados los unos de los otros, tenían que satisfacer por sí mismos cuantas necesidades se dejaran sentir dentro de la familia; pues si por el cambio no podían llegar á ellos, ¿qué remedio tenían al notar la indispensable precisión de cubrir sus carnes, sino hacer de sus mujeres hiladoras, tejedoras y costureras, que confeccionaran el traje mas ó menos útil para hacer frente á la intempérie? Y al experimentar la necesidad de cocer la carne y legumbres que les exigía la urgencia de alimentarse, ¿podrían apelar á otro medio que el de construir por sí mismos el puchero que hubieran de poner á la lumbre? Cae por su propio peso la respuesta y la consideración que igualmente podría

redactarse ante la existencia de otras muchas industrias.

III.

Por otra parte, si hemos de fijarnos en cada una de las viviendas, de casi idéntico aspecto, no podremos menos de observar aquella elocuente manifestación de la miseria en que se hallan sumidos los continuadores, en Faro, del inmortal alfarero Bernardo de Palissy: edificaciones antiguas, lúgubres y algunas desniveladas, sobre una superficie de sesenta á setenta metros cuadrados, construidas con desiguales y mal colocadas piedras, que ligan por medio del barro mas ordinario hasta elevar cinco metros próximamente las paredes, entre las que habrán de colocar su fábrica y habitaciones, tan reducidas como poco higiénicas.

Sirva de tipo la que primero encontramos. Presenta una fachada de un solo piso, nada simétrico, con un hueco irregular de poco menos alto que ancho, queriendo parecerse á un balcón sin antepecho; á su lado una pequeña ventana y, como medio de comunicación por el exterior, un mal hecho corredor, todo lo menos artístico que cabe imaginar, debajo de cuyo centro se halla la puerta de entrada al taller como único claro para dar luz al operario. Una escalera de piedra con seis peldaños, en la izquierda del edificio, parte de frente á él, hasta alcanzar el dintel de la puerta de entrada á las habitaciones, comunicando con el principal y único piso habitable; y, con solo pared cerrada por este costado, déjanse ver en la parte posterior de la casa en cuestión dos —mas que ventanas— tragaluces ó ventiladores semejantes. Por la derecha únese á la morada de otra familia.

Dentro del obrador, en la esquina primera de la derecha, á unos siete centímetros del suelo, está colocada

una rueda pesada de 0,70 ú 0,80 ms. de diámetro y 0,08 de espesor, á la que impele el movimiento de rotación sobre su eje, fijo por la parte inferior á una pieza sujeta al pavimento del taller, el brazo del operario.

Todo el aparato es de madera.

En el centro de la rueda, colócase el barro ya en condiciones de ser trabajado, y despues de imprimir el movimiento dicho, abandonada á la acción de la inercia en su vertiginoso rodar, mientras dura su impulso, lo aprovecha el alfarero para modelar admirablemente, tal es su costumbre en estos trabajos, el cántaro ó botijo que va á dejar en estado de exponer al sol para luego, ya barnizadas las piezas *finas*, llevarlas al horno como último momento de su confección.

Completan el aparato, como sus accesorios, un trozo de badana, siempre mojada, con la que perfeccionan ó alisan el exterior de las vasijas; un cántaro con agua natural necesaria para rociar el barro y para mantener siempre empapada la badana, y un duerno—al decir, en castellano lebrillo—de madera, de unos dos metros de largo y uno de ancho, por cincuenta centímetros de profundidad próximamente, en el que, con solo el agua y una sustancia para darle color, amasan el barro ya perfectamente tamizado.

Dicen aquellos alfareros, y no puede negárseles la razón, que es muy difícil la práctica de su trabajo, ó mejor dicho, el llegar á adquirir la seguridad que ellos tienen en la manera de dar forma á sus producciones.

Gira rápidamente la rueda á que hemos aludido, y entre tanto, con ambas manos desprovistas de todo instrumento, hunden la izquierda en el centro de la masa, que ya vimos colocada sobre la máquina, mientras que con la derecha, por la parte exterior, oprimen suavemente el barro, y á medida que lo estiran va tomando la for-

ma cilindrico-hueca, de la cual fácilmente le hacen salir, ya abriendo ó ya estrechando mas el hueco, merced á la blanda liga que esta masa ofrece, hasta darle la forma deseada.

Sécense despues de formados durante tres ó cuatro dias al sol, antes de barnizarlos y exponerlos á la cocción en los hornos que pasamos á describir.

Son estos formados por una pared circular de mampostería, en forma de tubo algo embudado, de una cavidad aproximadamente de dos metros y medio de diámetro y descubiertos por la parte superior.

Se construyen en un terreno sumamente inclinado, á fin de que por un lado quede la altura del horno al igual del monte—ya veremos con qué objeto—y por el otro presenta la pared una elevación total como de unos cinco metros. A dos escasos del suelo, y sirviendo de base á las vasijas que se someten á la acción del fuego tiene un fondo cubierto de agujeros en forma parecida á la piel de criba, debajo de la que ha de colocarse el *rozo* (tojo corto) ó material combustible, introducido en el horno por una pequeña boca cuadrilátera. Sobre la tapa taladrada, dejando descubiertos los agujeros para que por ellos salga el calor de las llamas, colócanse las piezas construidas en secciones varias, apoyando en los cantos de la primera la segunda, en esta la tercera y así sucesivamente, hasta que no admite más la cavidad de tres metros y pico que sobre el hogar mide el horno en cuestión.

Una vez así preparado todo, préndese fuego al combustible que deberá arder veinte y cuatro horas, despues de las que, y aprovechándose de estar tan alto el terreno, por un lado, como la parte mas elevada del tan repetido aparato para la cocción, acuden á taparle cuidadosamente para procurar se conserve la alta tempera-

tura el mayor tiempo posible, es decir, para que no se enfrié de repente, pues este brusco cambio de temperatura da lugar á la mas excesiva fragilidad en los objetos de nuestra industria alfarera, que habrán de quedar ya en disposición de llevarlos al mercado en condición de ser utilizables.

IV.

Presentan sus máquinas—según dejamos apuntado—el aspecto más primitivo, tanto en lo que se refiere al modo material, por decirlo así, que tienen de preparar las primeras materias, como el barro, cuanto en lo que respecta á sus instrumentos.

Aquí no se encuentran etapas puesto que, si vamos á investigar cómo estos industriales adquieren los instrumentos, solo encontraremos que, lo mismo que sus funciones, pasaron de generación á generación; por tanto esta investigación sólo nos servirá para confundirnos. Siempre fueron así: nada en ello han influido esas trascendentales revoluciones, que en todo han tomado parte, trayéndonos como consecuencia los adelantos en casi todas las industrias, ya porque el progreso se imponía, ya porque el hombre, imitador por naturaleza, comprendiendo la utilidad y economía de tiempo, trabajo y capital, vió la necesidad de desterrar antiguos usos, dejándose arrastrar por la fatalidad del progreso.

Puede muy bien—dijimos—esta industria cerámica, retirada á tan pequeña localidad de Asturias, traer origen celta; pero que, así aislada y ensimismado el pueblo, no se preocupó de los adelantos del arte sino de vender sus productos, única base de su modo de vivir, y que, por estar así retirada, no han podido llegar hasta aquí las consecuencias de las revoluciones que señalaron una nueva dirección á las industrias. Por eso pue-

de decirse que la ley del progreso se advierte bien poco en esta clase de pequeñas industrias, que casi deben ser contemporáneas de los primeros patriarcas y pueblos del mundo. Acaso sea motivado tal atraso á la supina ignorancia de estos alfareros que, haciéndose refractarios á los adelantos en otras partes en la misma fabricación, mostraron apatía á la luz que pretendía disipar las tinieblas. Del mismo modo puede estar influido este atraso en que la primera materia, el barro, no sea ó no tenga las condiciones exigibles para la construcción de esas vasijas que en la alfarería moderna, tanto llaman la atención. Pero no es así, puesto que á los mismos alfareros les hemos oído asegurar que fácilmente encontrarían barro apropiado para fabricar loza fina. De suerte que la causa no es otra que la que caracteriza en España todas las industrias, la falta de energía: ir siempre á la cola de las demás naciones, sobresaliendo Asturias en este gravísimo defecto mucho más, pues acaso sea la provincia que más agarrada está á sus antiguas tradiciones, usos y costumbres en materia de adoptar los instrumentos perfeccionados, que hacen el trabajo menos forzado y mas productivo, como se está viendo entre nuestros campesinos (y otras industrias), que, aferrado á antiguas tradiciones, no abren fácilmente los ojos á los adelantos del arte, sino cuando ven el imposible de vivir; esto es, cuando las industrias y explotadores extraños nos demuestran con hechos harto palpables que si no aceptamos el progreso tendremos que dejarnos invadir por la miseria. Hé aquí una de las causas del atraso en las naciones; y si hicieran esto las que hoy van á la cabeza de la civilización, jamás podríamos esperar á vivir con tanta economía, ni la riqueza aumentaría, ni las necesidades económicas estarían bien satisfechas.

Pero vengamos á nuestro pueblo de Faro, objeto del presente estudio.

Chocó á nuestro querido profesor, como así lo hizo constar á los alfareros; que cada familia, en cada casa tuviera una de esas industrias, siendo así que juntándose todos por las grandes ventajas que reporta la cooperación y la división del trabajo, se proporcionarían mayores economías, teniendo de esta suerte mejor satisfechas sus necesidades.

Mos ante respuesta tan compendiosa, como poco lógica, al decir que cada familia se bastaba á sí propia para sus fabricaciones, hubimos de callarnos todos y considerar que aun no comprendieron, en su larga práctica de productores, las inmensas ventajas de la cooperación.

En efecto, con pequeño esfuerzo, poniendo cada uno bien poco de su parte podían hacer de todas esas pequeñas industrias una que las comprendiera todas; los trabajos se harían en mayor escala; los rendimientos serían mayores, puesto que el suelo reúne condiciones sobrado adecuadas para este propósito. De esa cooperación, es decir, convirtiéndose los obreros en empresarios á la vez, la industria se perfeccionaría más, su capital aumentaría por el ahorro y lograrían obtener crédito con su capacidad productiva, sin el cual es bien imposible el desarrollo de las industrias.

Y no inútilmente creemos haber dicho que se perfeccionaría la industria, saliéndose de esos moldes rutinarios en que se encuentra, apesar de su inmemorial existencia, porque consistiendo la división del trabajo en la separación de las operaciones productivas, esto es, en la descomposición del esfuerzo total que exige la satisfacción de las necesidades materiales ó, concretándonos más aun, dedicándose cada obrero á determinada

función, y cuando más aun corto número de ellas, porque á la vez que se ejercitan estas se irán perfeccionando, y porque las facultades del hombre demuestran especial tendencia á desarrollarse en él, determinándose alguna con más intensidad en cada individuo, de lo cual resulta una aptitud predominante para ciertas ocupaciones, el aumento de destreza del obrero y la disminución de su esfuerzo, economía de tiempo y como consecuencia de capital, á la par que permite utilizar todas las aptitudes.

Pero, si esto es aplicable á infinidad de industrias, puede objetárenos, esta se resiste á adaptar aquellos principios, no por la cuantía de sus diversas operaciones y elementos necesarios, sino por la precaria situación de dichos alfareros y la muy reducida cultura en que se encuentran.

Verdaderamente cierto es que su pobreza y su miseria no pueden llegar á ser mayores; pero alguna parte tienen en ella, como habremos de probar más adelante con datos auténticos; entonces veremos que, si dieran mejor empleo á sus rendimientos, tendrían en tiempo relativamente corto ahorros. Más si la inversión de esos productos se hace en la satisfacción de las necesidades, que nosotros denominamos ficticias, los ahorros para ellos jamás llegarán á serlo sino en el nombre. Además, la experiencia ha demostrado multitud de veces que esos inconvenientes pueden vencerse, como nos dirían los obreros de Bélgica, Francia y Alemania, que al principio, creyéndose impotentes ante innumerables obstáculos, no obstante, luego echaron de ver que con la asiduidad y la buena administración sus industrias iban floreciendo paulatinamente; pudiendo decirse, hablando en general, que á asociaciones de esta

índole les esté encomendada la solución de interesantísimos problemas económico-sociales.

Aun hay más: si todos esos dispendios en satisfacer necesidades ficticias fuesen aplicados á la satisfacción de las verdaderas, su constitución física y moral sería muchísimo mejor; estarían más ágiles para sus rudas tareas y, bien alimentados, podrían emprender otras que ahora les parecen absurdas por lo imposibles á sus fuerzas.

Cierto que la falta de cultura influye sobrado en que su situación sea precaria; pero no será porque carezcan de elementos para ello; es decir, maestros tienen que á bien poca costa harían de sus hijos sino unos sabios, hombres más cultos que con los más elementales conocimientos obtendrían suma utilidad. Pero por desgracia les sucede lo que á todos los pequeños pueblos de Asturias: que á los hijos, hasta que no llegan á poder servir para los trabajos manuales, sus padres no se cuidan en lo más mínimo de la educación de aquellos; y en cuanto los consideran con suficiente resistencia los dedican ya á penosas tareas. El padre que mas hace es enviar los hijos los primeros años de su existencia á la escuela, en cuyo tiempo es imposible aprendan lo bastante y ya á esta edad darles ocupación en los mismos trabajos á que sus padres se dedican. Por eso mientras el Estado no establezca la enseñanza obligatoria y prefije una conveniente edad, á partir de la que puedan ya dedicarse los niños al trabajo material, tardará en penetrar la ilustración en las aldeas y aun en las ciudades, que por desgracia muy abandonada está todavía. Están generalmente los niños en edad para aprender oficio de diez á doce años; pero ya antes empiezan por dedicarlos á extraer el barro, llevarlo al taller, reducirlo á polvo, y colocar al sol las vasijas objeto de esta industria, para

que, bien secas, puedan ser introducidas en el horno. Así van los niños poco á poco acostumbrándose al trabajo, llegando de lo fácil á lo difícil hasta salir diestros alfareros.

Las mujeres tambien se ocupan en estos mismos trabajos que los niños á más de llevar al mercado las cargas de pucheros.

Ahora bien; dado caso que todo el pueblo, dedicado á esta industria, conviniera en refundir en los talleres uno solo para que resultase una gran fábrica, bien organizada, que dispone de brazos tan adiestrados para el desarrollo del trabajo, resultarían las siguientes ventajas:

PRIMERA.—Disponer de un local que no tendría comparación con los existentes hoy; sería más higiénico; el frio del invierno no les impediría trabajar, como en la actualidad sucede, hasta hora bastante avanzada de la mañana.

SEGUNDA.—La perfección de la industria, puesto que las máquinas se habrían de ir modificando á medida que el ahorro aumentase el capital activo, y con la división del trabajo, sin necesidad de estudiar mucho los adelantos de las fábricas modernas, podrían competir con ellas.

TERCERA.—Los terrenos donde encuentran el barro llegarían á ser propiedad suya, que además les proporcionaría el combustible vegetal, caso que adoptarían los antiguos procedimientos en la cocción.

CUARTA.—Los trasportes se harían con mayor facilidad y más cuidado, porque, estando todos interesados en la mercancía, procurarían en común evitar los desperfectos, cosa que ahora no sucede, porque son contratistas quienes por cierto precio se comprometen en el transporte.

QUINTA.—Se impondría la necesidad de la formación de una Sociedad cooperativa de consumo, cuyos beneficios, en poco tiempo, serían incalculables; y

SEXTA.—Llegarían á desterrar la miseria en que hoy se ven envueltos; su alimentación sería mas nutritiva, sus habitaciones, hoy miserables pocilgas, tendrían mucho mejor aspecto y condiciones más adecuadas para la vida, porque la industria se desarrollaría con mayor intensidad y las ganancias en proporción serían mayores.

V.

Antes de exponer el importe del producto y gasto anual en esta industria ocasionado, creemos oportuno averiguar el de una hornada, para mejor precisión é inteligencia, pues que trabajando cierto número de dias y otro determinado de personas se prepara una hornada, que constituye una así como de las distintas etapas, durante el año, pues que sin antes cocer una hornada no se propasan á hacer otras.

Es no obstante difícil de determinar con precisión esto, porque como cada casa es un taller ó una industria, y se evita en cuanto sea posible tener obreros que les ayuden, todos los que viven en familia trabajan para el común con ahinco. Podemos, aunque en muy humilde escala aquí, ver la verdadera cooperación, así como la división del trabajo en las pequeñas industrias: el padre, la madre y los hijos se reparten el trabajo; uno construye, otro prepara el barro y la mujer, despues de cumplir los deberes domésticos, pasa á convertirse en hábil obrera, prestándose muy bien para trocar en el mercado, el producto de aquel trabajo en dinero.

Así pues, adoptamos un medio prudente en la averiguación de esos gastos tomándolo desde el momento en que comienzan á reunir y preparar las materias que

constituyen la base de esta industria hasta que, completamente acabada, se pone en condiciones de poderse vender.

Empezando por el barro, diremos que el gasto que puede ocasionar el extraerlo y trasportarlo en cantidad suficiente para una hornada, es el siguiente:

Pesetas.

Invierte en cavarlo un hombre y trasladarlo al taller, medio dia, y caso de comprarlo, su precio será el de veinticinco céntimos de pesetas, más setenta y cinco que importa la extracción y transporte. 01,00

No está el barro, despues de extraido, en disposición de ser utilizado en el objeto que se persigue, sinó que precisa secarlo y reducirlo á polvo, cribarlo, y por último, humedecido, convertirlo en pasta, por cuyo trabajo podemos calcular medio dia ó el jornal de. 00,50

Ya está en disposición el barro: solo falta que el alfarero se ponga á modelar los cántaros, platos, tubos, etc. Pero aquí entra ya lo más importante del trabajo, es decir, lo más difícil de la industria y lo que representa el verdadero valor de ella.

Teniendo en cuenta esto, diremos que el tiempo que en fabricar una hornada ocupa á dos hombres, es de tres semanas, cuyo jornal alcanza á setenta y cinco céntimos diarios en dinero, más la alimentación y ta-

Suma y sigue. 01,50

Pesetas.

Suma anterior. 01,50

baco que representa una peseta.—Total
una peseta setenta y cinco céntimos. 63,00

Así mismo se ocupa un niño ó mujer en ir to-
mando, de manos del alfarero, los objetos
concluidos y colocarlos convenientemente
para que se sequen. Su jornal es de cin-
cuenta céntimos, más la alimentación que
supone otros setenta y cinco céntimos.—

Total una peseta veinticinco céntimos. 22,50

En este tiempo va incluido el que se invierte
en barnizar y colocar los trabajos en el
horno para la cocción. El barníz ó esmalte
de que revisten las vasijas, compuesto de
sustancias químicas, como sulfato de cobre,
plomo y bismuto convenientemente disuel-
to, tiene un coste aproximado de. 28,50

El combustible vegetal de que echan mano. 22,50

Como el transporte á los puntos lejanos —que
son Gijón, Avilés, Mieres, Langreo, etc.—
no puede hacerse á hombro y sí á otros
más próximos á Faro, como Oviedo, que
cuesta menos, el precio será de. 15,00

*Es por tanto el total de gastos que una hornada
ocasiona.* 153,00

En cuanto á los *productos* de esta industria, siendo
imposible hacer una detallada indicación de los resul-
tados de la venta de cada cosa por sí, lo aglomeramos,
no sin antes hacer notar que el precio de estos objetos

de alfarería está en zazón de su mayor perfección y tamaño. Así, por ejemplo, una docena de tazas bastas vale veinticinco céntimos de peseta, mientras que una docena de tubos para cañería importa quince pesetas. Ciertamente que el horno lleno de tazas contendrá un número mucho mayor que de estos tubos, que tienen una dimensión de 0,28 metros por 0,10 ó 0,12.

No olvidando esto, diremos que una hornada da un ingreso de ciento setenta pesetas, de modo que obtendremos:

	<i>Pesetas.</i>
Ingresos.	170,00
Gastos.	153,00
	<hr style="width: 50%; margin-left: auto; margin-right: 0;"/>
Productos.	17,00

Ahora bien; si sabemos lo que se invierte y las ganancias que se obtienen en una hornada, fácil nos es averiguar las que resultan en un año, que es:

Dieciocho hornadas en un año, al precio de *ciento cincuenta y tres* pesetas, ó sea:

	<i>Pesetas.</i>
Ingresos.	3.060,00
Gastos.	2.754,00
	<hr style="width: 50%; margin-left: auto; margin-right: 0;"/>
Ganancias.	306,00

Estas son las utilidades, en el supuesto de que todos los trabajos hubieran de ser pagados; pero no es así excepto en casos de absoluta necesidad, cuando los muchos pedidos les obligan á buscar obreros, puesto que la freno se verifica por personas de la familia, que vi-

ven en ella. Esos jornales quedan al dueño del taller casi en toda su totalidad, excepción hecha de lo que se paga por transporte, barniz y combustible.

Este dato nos sirve para que, no aventurándonos en hipótesis digamos que, excluyendo de los gastos de un año, ó sea: de las dos mil setecientas cincuenta y cuatro pesetas; el precio de los transportes, doscientas setenta; barniz, quinientas trece, y combustible, cuatrocientas cinco, que alcanza á mil ciento ochenta y ocho, queda en su favor el importe de los jornales, que representa la suma de mil quinientas setenta y seis pesetas, más las ganancias, esto es, las trescientas seis, unidas á las mil quinientas setenta y seis resultará en su favor la cantidad de mil ochocientas setenta y dos pesetas.

Réstanos ahora averiguar cuáles son los *gastos domésticos*, no olvidando que para ello tienen las dos mil ochocientas setenta y dos pesetas. Para esto, por el término medio que ofrecen los datos censuales tomados en el mismo pueblo, puede calcularse que cada familia se compone del padre, de la madre y de tres hijos y son sus gastos aproximados los siguientes:

	<i>Pesetas.</i>
Cuatro copines de maiz cada semana.	05,00
Leche, huevos, sardinas —generalmente arenques— segun sea uno ú otro.	02,50
Grasas —aceite, tocino, mantecas de vaca y cerdo.	04,00
Vejetales —berzas, patatas, judías—.	03,25
Combustible.	01,00
	<hr/>
<i>Suma y sigue.</i>	15,75

	<i>Pesetas,</i>
<i>Suma anterior.</i>	15,75
Sal y otros ingredientes para el con- dimento.	00,50
Alumbrado.	00,40
<i>Total gasto semanal.</i>	16,65

Si una familia cada semana gasta en alimentarse dieciseis pesetas sesenta y cinco céntimos, en un año gastará ochocientas sesenta y cinco pesetas ochenta céntimos; es decir, dos pesetas treinta y siete céntimos proximamente diarias.

Incluyamos ahora lo que puedan gastar en vestir, pero adviértase que en esto son sumamente pocos, como lo indica el no gastar un traje en cuatro ó cinco años: este traje, que es de paño, solo le usan los domingos, y para los dias de labor tienen otro mucho más malo. Ropa interior, apenas la gastan, teniendo el que más tres á cuatro camisas de hilo casero, con otra susceptible de ser planchada para los domingos y dias de fiesta.

Pesetas.

El vestido de diario es de tela y con las innumerables composturas que en muchos hemos visto, puede asegurarse que de tarde en tarde compran traje para el trabajo. De modo que no creemos aventurado decir

	<i>Pesetas.</i>
que la cantidad invertida en esto annualmente no excede, para toda la familia, de.	75,00
Renta de la casa y escasas fincas que cultivan.	52,50
Mueblaje y reposición de ropa de casa.	20,00
Alimentación.	865,80
	1.013,30

	<i>Pesetas.</i>
Ingreso líquido.	1.872,00
Les quedan libres.	858,70
Descuento de esta cantidad del veinticinco por ciento para gastos imprevistos y contribución.	214,67
	644,03

Parece increíble que, como vemos, una familia compuesta de cinco personas pueda vivir con dos pesetas dieciocho céntimos diarios, y sin embargo es muy cierto: á no verlo, no lo creeríamos.

Ya hemos visto que la propiedad de estos infelices se reduce tan solo á un taller, pero suelen encontrarse familias como la que nos ocupa, que posee algunas áreas de terreno laborable, aunque con poco rendimiento por las malas condiciones del suelo, que apenas se dedican á trabajar; no obstante el producto que del cultivo de estas áreas sacan al año equivale bien al gasto de la alimentación de un mes y, unido al ya citado ingreso, resulta un aumento en él, de setenta y una pesetas diez céntimos que agregado al sobrante á su favor

equivale á un total de novecientas veintinueve pesetas ochenta céntimos.

Por consiguiente, despues de alimentados y vestidos péximamente, obtienen un ahorro anual de alguna consideración; pero es preciso fijarse en que se ha calculado un gasto que es sumamente extricto y que, una enfermedad, el nacimiento de un hijo, la recomposición de la casa, cualquier pequeño desperfecto en la herramienta, la pérdida de una hornada, etc., etc., pueden reducir á cero el sobrante.

La capitalización de esa cantidad algo pudiera mejorar la situación del pobre obrero, y mucho si se asociaran; pero, por desgracia, gran parte de élla queda en casa del tabernero, de quien estos infelices son asiduos parroquianos en los dias de fiesta y muchos otros de labor.

No pretendemos disculpar este vicio apoyándonos en que también estos seres necesitan expansión como los de las grandes ciudades; pero obsérvese que no por errar la mayoría de los hombres habrán de seguir los demás la misma ruta. Además, creemos que el mejor placer, más que el de apagar el deseo del vino, es mitigar los horrores del hambre con manjares más succulentos que los que atrás hemos podido observar les sirven diariamente, pues ni la carne entra en sus ollas siquiera de tiempo en tiempo. Por eso disculparíamos el que no tuvieran ningun ahorro, si todas sus ganancias las invirtiesen en la alimentación y vestido, pues serían más vigorosos, trabajarían con más ahinco y podrían considerarse algo más felices.

VI.

Por último, como quiera que ya procuramos dejar estudiado todo cuanto á la industria de Faro se refiere, daremos por terminado este tan modesto como mal ur-

dido trabajo, no sin antes dedicar un párrafo á nuestros distinguidos colegas Manolo A. Buylla y Eduardo Pumarino, que no en vano portaron sus máquinas hasta Faro y de vuelta á la ciudad.

Hemos dicho que desde Los Arenales impresionaron cada cual una placa despues de enfocadas sus máquinas á Oviedo. Por otra parte, en Faro, primero un grupo de estudiantes absortos en la contemplación del modo de fabricar los objetos de la industria alfarera; aquí otros artísticamente colocados al lado de alguna casa, verdadero tipo de las que componen el pueblo; más allá varios aldeanos asomados á la puerta de su choza, y en otro lado unos cuantos excursionistas apiñados ante el objetivo, han sido objeto de cuatro apuntes tomados por los *fotógrafos* que, podemos decir, dominan este arte con una perfección muy poco común en los aficionados.

En casi todos los grupos dichos, figura el activo promotor de este, desgraciadamente excepcional, medio de estudio, tan sumamente necesario que, digan lo que quieran quienes de otro modo piensen, será siempre el mejor lenitivo aplicable por el maestro para conseguir la perfecta madurez de los conocimientos que por la explicación comunica al alumno; si es que las condiciones intelectuales de éste se hallan lo suficientemente despiertas para percibir otra impresión que la producida por la onda sonora en la membrana del tímpano.

Lo que entra por los ojos se fija con caracteres indelebles en las facultades mentales.

Lástima grande que la capacidad de las máquinas no fuera suficiente á retratar en conjunto á cuantos formamos parte de la excursión, pues de este modo, adquiriendo sendos ejemplares, tendríamos todos un grato

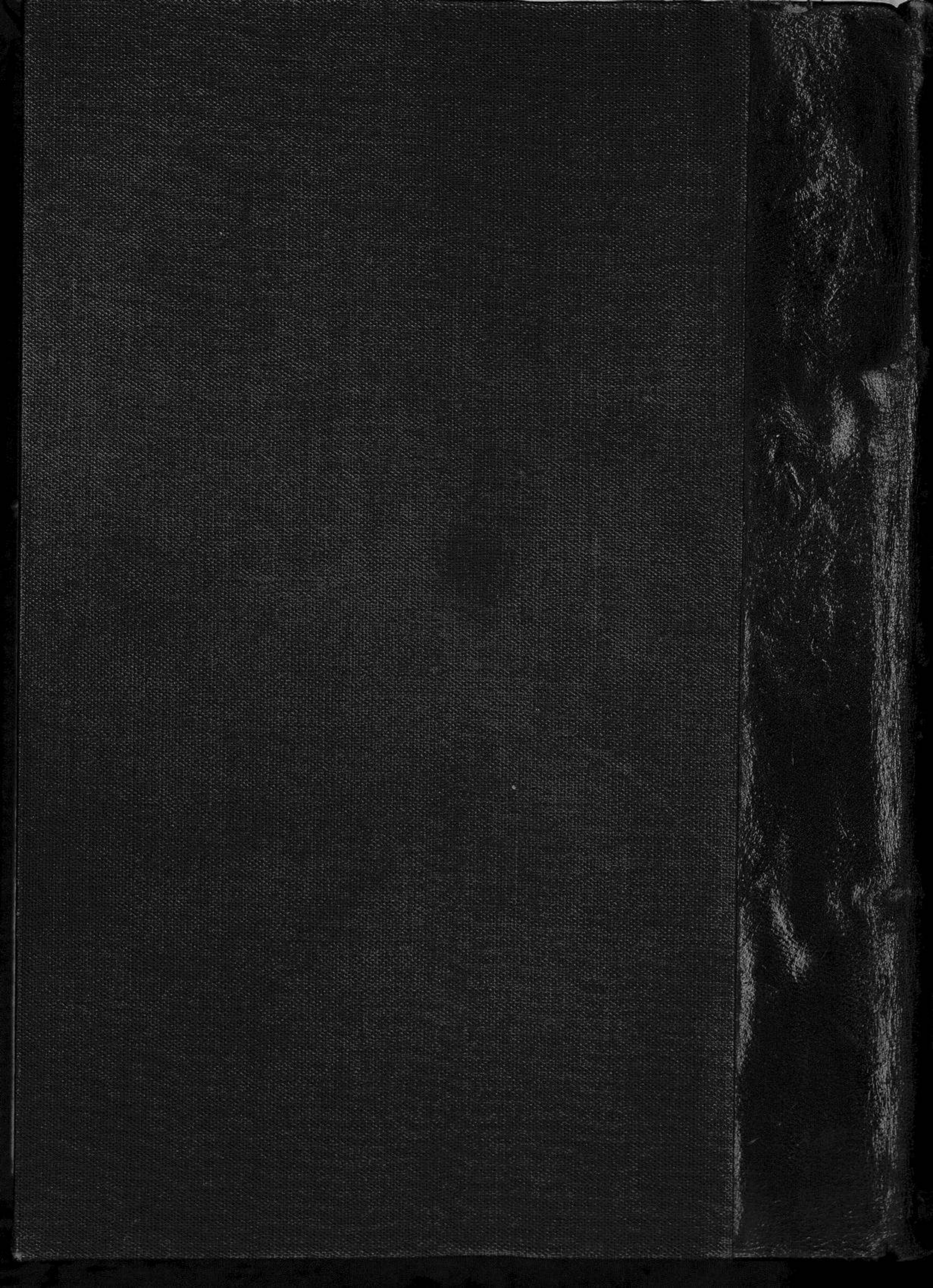
recuerdo de aquel día, digno de perpetuarse en honra del respetado profesor de Economía política y Estadística y Hacienda pública en la Universidad de Oviedo, Don Adolfo Alvarez Buylla y González Alegre.

Y, llegada «la hora en que la luz se hundía tras las montañas»—al decir de Zorrilla,—dióse la voz de regreso por la que se promovió la caminata en dirección opuesta, volviendo la espalda al pueblo que atrajera nuestros pasos, para romper filas en las puertas de la capital de nuestra provincia Asturiana.









ASTURIAS

TEXAS HISTORICAL

458